

SOCIAL Y “LIBERAL”, GENERACIONAL Y ASAMBLEARIO: EL MOVIMIENTO DEL 15-M

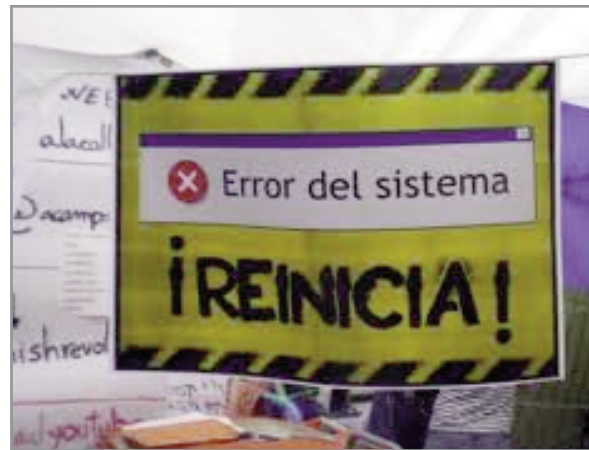
por José Luis Moreno Pestaña

Preámbulo

El 22 de mayo estaban convocadas elecciones municipales en toda España y elecciones a los parlamentos de muchas comunidades autónomas (todas con la excepción de las nacionalidades históricas: Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía). La campaña electoral conducía hacia una victoria arrolladora del Partido Popular. Los ciudadanos culpaban de la crisis al gobierno y muchos votantes de izquierda pasaron a la abstención con alguna fuga hacia la derecha o hacia la izquierda.

El 29 de septiembre de 2010, los sindicatos UGT y CC.OO convocaron una huelga general que tuvo un seguimiento importante entre los obreros y uno mucho más reducido en el sector servicios. El éxito de la huelga, muy precario, disuadió a los sindicatos de continuar por el camino de la movilización, si bien mantenían un discurso muy crítico con las reformas neoliberales emprendidas por el gobierno de Zapatero. Éste, tras cuatro años de gobierno de centro izquierda, sorprendido por la crisis económica, había aceptado las exigencias de la Unión Europea e impuesto un ajuste económico severo. Dos tipos de reacciones se produjeron entre sus votantes desengañados. Algunos pensaban que Zapatero había traicionado sus compromisos con la izquierda. Otros, además, consideraban su cambio de política, un ejemplo de la dictadura económica neoliberal y de la impotencia de los gobiernos democráticos para representar a sus electores. Esta última lectura es muy importante para comprender el 15-M.

Tras la huelga general, algunos grupos, impulsados por militantes de izquierda, intentaron mantener la movilización, con resultados muy limitados. De hecho, las manifestaciones del 1 de mayo de 2011 no estuvieron especialmente concurridas, pese a que la sombra de Grecia y Portugal angustiaba al gobierno



y a muchos ciudadanos. Entre un acontecimiento y otro, la ministra de cultura del gobierno Ángeles González-Sinde propuso una ley para penalizar las descargas en Internet que provocó la furia de muchos internautas y promovieron la consigna de “No les votes” dirigidas contra el Partido Popular y el PSOE. Las revoluciones de Egipto y Túnez mostraron el poder de las redes sociales para movilizarse y propusieron un repertorio de actuación, la ocupación de las plazas públicas, que se convertiría en un símbolo.

Uno de los grupos surgidos en las redes de Internet, *Democracia Real Ya* convocó una manifestación para el día 15 de mayo en todas las ciudades españolas. La exigencia “Democracia Real Ya. No somos mercancía en manos de políticos y banqueros” era precisa y poco ideológica. Precisa pues sintetizaba la experiencia de muchos ciudadanos convertidos en rehenes de los bancos y decepcionados por la impotencia de los políticos para hacer frente a la crisis. Poco ideológica porque semejante sentimiento reunía a los ciudadanos por encima de las adscripciones políticas cotidianas (Partido Socialista o Partido Popular).

* Este artículo fue publicado en la revista francesa *Savoir-agir*, nº 17. Se terminó de redactar el 10 de julio de 2011: la caracterización del movimiento solo tiene valor, si la tiene, hasta esas fechas.

Las manifestaciones, sin referencias políticas, permitieron identificarse a muchas personas, que no hubieran acudido a convocatorias de sindicatos u organizaciones políticas, pero que tenían ganas de mostrar su descontento. Además, dieron la sensación, muy importante, de la posibilidad de movilizar a la población sin pasar por las organizaciones políticas o sindicales, frente a las que se oponían reproches de conjunto. ¿Contra qué se movilizaban los participantes? Al menos contra el modelo de capitalismo dominante y con la profesionalización de la política, con sus secuelas de corrupción y concentración en disputas mediáticas percibidas como absurdas. Tras la manifestación, grupos reducidos de personas decidieron acampar en la plaza del Sol de Madrid y, poco a poco, en todas las ciudades españolas. El modelo de la Plaza Tahir de El Cairo se difundía en España y una enorme bandera de Egipto apareció en la Puerta del Sol. Era, la egipcia, una revuelta de jóvenes, cultos, organizada por redes de Internet, y enfrentada a políticos corruptos y a la miseria económica impuesta por las organizaciones internacionales, escasamente hipotecada por discursos políticos a derecha o a izquierda y que permitía identificaciones múltiples y no siempre convergentes entre sí: revueltas democráticas (y, en ese sentido, “occidentales”), generacionales y, como no, sociales, contra lo que se percibía como latrocinio de los políticos y de las organizaciones económicas internacionales. Ese marco: democracia, lucha generacional y defensa del bienestar configurará un triángulo con el cual se articula el movimiento. Este triángulo permite varias combinaciones posibles y, por tanto, la diferenciación, pero también proporciona identidad compartida. Comenzaré por el final.

Un movimiento contra el neoliberalismo

La crisis económica ha provocado la ruina de muchos pequeños empresarios y el endeudamiento de muchos particulares. La ira contra los bancos, percibidos como causantes de la crisis, permite discursos más liberales o más socialistas. Uno de los impulsores del movimiento, Pablo Gallego, estudiante de Ciencias Empresariales en una institución universitaria de elite, insiste, por ejemplo, en la defensa de los pequeños empresarios, evitando los reflotes de los bancos con dinero público y manteniendo públicas la educación y la sanidad y, muy importante, la banca pública. Su liberalismo, explícitamente defendido, se diferencia del “neoliberalismo”, consistente según él

en “la privatización de los beneficios y la socialización de las pérdidas”¹.

Ese discurso puede coexistir con otro de crítica radical al neoliberalismo, impulsado por militantes y por intelectuales procedentes de la izquierda y en el cual la connotación liberal no recibe valores positivos. En cualquier caso, las referencias al socialismo o a experiencias reivindicadas por la izquierda anticapitalista (Venezuela, Bolivia, Cuba) han estado ausentes del discurso público del movimiento. No en vano, Stéphane Hessel, cuyo libro *Indignaos* se considera un referente común del 15-M, aúna su compromiso de izquierda con credenciales democráticas (resistente antinazi, redactor de la declaración de los derechos humanos) y libertarias (miembro del ecologismo francés). La única “revolución” mencionada como referencia es Islandia, ejemplo de cómo el poder del parlamento democrático puede imponerse a la oligarquía financiera internacional.

La incapacidad de la izquierda radical para defender modelos económicos propios muestra el descrédito de la experiencia socialista y comunista y es una lección importante del 15-M. El descrédito de la cultura de izquierda se manifiesta también en el carácter nacional del movimiento. La izquierda española, muy obsequiosa simbólicamente del nacionalismo, se ha visto desbordada por un movimiento que ha reivindicado reformas de la ley electoral que perjudicarían a las organizaciones nacionalistas y que no ha tenido vergüenza en hablar de España (y no de “Estado Español”, término fetiche de la izquierda) como espacio compartido.

Un nuevo espacio intelectual puede abrirse en la lucha contra el neoliberalismo: la confluencia del liberalismo de primera generación (el término liberal, acuñado durante la Revolución española de 1812 se refiere a valores prepolíticos de generosidad y tolerancia, de enfrentamiento con el servilismo) y del liberalismo “anticapitalista” de Thomas Jefferson con el republicanismo político y filosófico, representado a nivel internacional por el filósofo australiano Philippe Petit o, en España, por el filósofo español Antoni Domènech, referente de un sector del movimiento. Ese republicanismo puede renovar intelectualmente la tradición del socialismo democrático y proporcionarle una herencia operativa al marxismo.

Un movimiento de reafirmación generacional

A la vez que se rechaza el menú político disponible, el movimiento ha conformado prácticamente a una

1 P. Gallego, “El cambio comienza en ti”, AA.VV, *Nosotros, los indignados. Las voces comprometidas del 15-M*, Barcelona, Destino, 2011, p. 31.

generación: la generación del 15-M. Por un lado, dotados de ciertos instrumentos de movilización propios, como Twitter o Facebook, algo que separa fuertemente la experiencia de las clases de edad. Por otro lado, capaces de un lenguaje de movilización propio, basado en la no-violencia —popularizada en los años 1990 por el movimiento antimilitarista español— y apoyado en técnicas de gestión de conflictos adquiridas en la cultura terapéutica. Todas las asambleas del 15-M contaban con “comisiones de respeto”, y en algunas había talleres de espiritualidad *new age*. En ninguna, que yo sepa, había un taller de marxismo, (aunque sí de Spinoza, referente de una parte de la izquierda académica: pero es significativo que se recurra a él). Dos de los desafíos más importantes del movimiento fueron resueltos con recursos procedentes de esa cultura no-violenta. La víspera de las elecciones municipales (jornada de reflexión), el día 21 de mayo, el movimiento convocó una jornada de reflexión activa pese a la prohibición gubernamental de manifestarse. Yo asistí a una manifestación de más de 3.000 personas en la que se respetaban los pasos de cebra y se marchaba en fila por las aceras. Poco antes de la movilización convocada para el 19 de junio, los disturbios ante el parlamento catalán provocaron una masiva tensión pacifista, concretada en movilizaciones mayores y en llamadas a la denuncia de los violentos (ante la impotencia de la izquierda radical, alérgica a denunciar a quienes luchan contra los aparatos represivos). En tercer lugar, la competencia con jóvenes de otros países formaba parte de los estímulos del movimiento: “Hemos conseguido levantar la autoestima y quitarnos de encima un montón de etiquetas y estigmas [...] ¡Cuántos jóvenes no se habían visto en Nochevieja o Navidad teniendo que escuchar a sus tíos diciendo que nosotros no hacemos nada y que sólo levantamos el cubata! Hasta hace poco, nosotros mismos, cuando veíamos las protestas en Inglaterra, Grecia y Francia, mirabas al que tenías al lado y pensaba que no estaba despierto para hacer eso”². La creación de un referente juvenil europeo e internacional, consolidado por la movilidad estudiantil y las migraciones, convirtió la movilización en un signo de distinción no solo contra los más viejos, sino también frente a los jóvenes de otros países. Un amigo me cuenta que, al final de una movilización de apoyo al 15-M en París, una chica cogió el megáfono para decir: “Hay que moverse, no vamos a dejar a los españoles que nos ganen por primera vez”.

Esta identidad generacional tiene visos de fortalecerse. Los partidos políticos, desde la derecha a la iz-



quierda radical, permiten escasas posibilidades a quienes no se encuentran socializados en su universo de intrigas y sumisión jerárquica. El desprestigio de los mismos es mayúsculo y no es pensable que puedan absorber a muchos de los participantes del movimiento. La cultura hiperideológica de la izquierda intelectual no atrae demasiado, entre otras cosas, porque no se entiende en absoluto (he presenciado experiencias de confusión muy cómicas al respecto). Por lo demás, la crisis económica seguirá produciendo jóvenes muy titulados y con sensación de enorme maltrato. En fin, la afluencia de personas de edad a las manifestaciones y a las asambleas, muy nutrida, se hace reconociendo las virtudes de un movimiento de jóvenes, “apolítico y asindical” y por ende fortaleciendo la identidad generacional del 15M.

Un movimiento asambleario

Las acampadas permitieron un lugar de coexistencia y de debate. Mucho más allá de la Asamblea de la Puerta del Sol. Durante la primera semana del movimiento, sin duda, la más intensa, reuniones diarias, en ocasiones de más de cinco horas, congregaban un número de ciudadanos que, en la ciudad donde participé, podía oscilar entre las 500 y las 1.000 personas. Evidentemente, no todas intervenían: había oradores constantes, otros que participaban de manera episódica pero que seguían las discusiones, otros que intervenían y se marchaban y otros, quizá los más interesantes sociológicamente que, sin intervenir, escuchaban las discusiones con interés y paciencia, celebrando con aplausos (o movimientos silenciosos de manos) y, en ocasiones, breves comentarios, la sucesión de intervenciones. Posteriormente, la asistencia a las asambleas descendió, aunque reuniones muy

² AAVV, *Las voces del 15-M*, Barcelona, Los libros del Lince, 2011, p. 47.

El movimiento 15 de Mayo
 invita a:
**Tod@s l@s vecin@s
 de Madrid y pueblos
 a participar en las**
**ASAMBLEAS
 POPULARES**
 que tendrán lugar el
Sábado 28 de Mayo
 a las **12:00h.** en una plaza
 de cada barrio y pueblo de Madrid

San Lorenzo de El Escorial
Sábado 28 de Mayo, 12:00
Parque Terreros

El domingo 29 a las 12:00h se reunirá todas las Asambleas en la Puerta del Sol, para constituir la Asamblea del Pueblo de Madrid
 + información: www.madrid.comciudadana.net

largas seguían acaparando la atención de entre 200 y 600 personas, congregadas en un espacio a la vista de todos, a veces equipados con sillas, y, a primera vista, pertenecientes a estratos sociales y a edades variados. Cualquier comparación histórica debe realizarse con muchas precauciones, pero dicho deleite por la discusión pública recuerda la pasión y la curiosidad que desataba el trabajo de los jurados populares en la Atenas de Pericles y, sin duda, las palabras de John Adams, recogidas por Hannah Arendt³, según las cuales “el deseo de ser visto, oído, aprobado y respetado» y, cabría completar, “el deseo de ver, oír, aprobar y respetar” constituyen una impulso central de las movilizaciones públicas. Pese a que apareció, no podía ser de otro modo, el discurso que aúna actividad pública y sacrificio, cualquiera que haya permanecido, aunque sea con muchas reservas, implicado en el movimiento, ha podido contemplar el disgusto

con el que muchos abandonaban las asambleas, a las 10 de la noche, tras tres horas de discusión, la mayoría de las veces contemplada de pie y en silencio. Paradójicamente, al menos en las primeras semanas, las asambleas se hacían más irritantes a quienes disponían de mayor socialización política (entre ellos, yo), que con impaciencia, contemplaban la sucesión de intervenciones, el caos discursivo y la incapacidad para resolver en puntos definitivos. Queríamos asambleas instrumentales para una causa mientras que lo que motivaba a la mayoría era la asamblea en sí misma⁴.

El 10 de julio aún hay asambleas. Tras el levantamiento de las acampadas, las asambleas se han descentralizado a los barrios. La semana que viene debo asistir a dos, una de ellas para debatir en una plaza sobre problemas de la democracia participativa. La emoción compartida por debatir, por hacerlo con unas ciertas pautas, en medio de la calle, es tan intensa que puedo prever que no se vaciarán fácilmente. El capital cultural impone sus normas y coarta la participación: una cierta cultura anti-intelectual, con sus luces y sus sombras, lo impide. En las asambleas prima lo organizativo (el “capital militante”, consistente en realizar actividades), lo que desactiva las jerarquías culturales que dominarían en discusiones ideológicas, discusiones que serían por lo demás imposibles dada la escasa cultura teórico-política de los participantes. La protección contra las maniobras partidistas impide que las asambleas sean colonizadas por grupos organizados que las distorsionen. La rotación de los cargos y el control a los representantes es obsesivo y en ocasiones provocan irritaciones. La asamblea comienza a impacientarse, tras una hora de discusión sobre si se cambia el orden del día, y alguien dice: “Esto no es fácil, pero esto es la verdadera democracia”. Se continúa la discusión con la impresión compartida, ilusoria o no, de profundizar la *Spanish revolution*. Mientras esa creencia se mantenga, el movimiento se consolidará y se ampliará.

3 H. Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 2009, p. 158.

4 He realizado una etnografía del primer mes de asambleas en J. L. Moreno Pestaña, “Pensar la palabra libre con Michel Foucault. Una etnografía de las asambleas del 15-M”, *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 36.